

Javier Gullo

EL ÚLTIMO VIAJE DE LA HUMANIDAD

**UNA HISTORIA DEL DEVENIR DE LA VIDA
Y DEL OCASO DE LA ESPECIE**



Muestra distribuida por la editorial.

Índice

Introducción	7
PRIMERA PARTE	11
Capítulo 1. Génesis T	13
Silencio Bruno	13
Resistencias	24
Genealogías.....	27
Génesis múltiples	29
Capítulo 2. Solos en el universo	37
Vida tecnológica más allá de la Tierra	37
El vecindario vacío	40
Más allá de la evidencia	48
Mensajería interestelar	56
Capítulo 3. Conquistadores	62
Una especie expansiva.....	62
Una cuestión química	71
El excedente.....	76
Extraños en tierras extrañas	81
Al encuentro de un desconocido.....	85
Carácter.....	94
Silencio en la playa	97
SEGUNDA PARTE	101
Capítulo 4. El ascenso de la sociedad tecnológica	103
Suspiro	103
El dios futuro	106
Un mundo de burgueses	111
El impacto de la revolución capitalista	114
Capitalismo B.....	117
Un tren fuera de control	124

Capítulo 5. El próximo salto evolutivo..... 128

Atravesando fronteras 128

Tiempo 130

Espacio 133

Reproducción..... 139

Terraformar 141

Plan I 144

Un viaje biopsicodélico 148

Singularidad 161

Proyección 166

Capítulo 6. La parábola de la tecnología..... 168

El omega 168

Bibliografía 182



**Conseguí este
título en formato
digital.**



Muestra distribuida por la editorial

Introducción

I

Próxima b es un exoplaneta que orbita a la estrella Próxima Centauri, a poco más de cuatro años luz de distancia de la Tierra. De acuerdo a las estimaciones de los astrónomos, Próxima b se encuentra en la zona de habitabilidad de su sistema, es decir que cuenta con condiciones que podrían permitir la existencia permanente de agua en estado líquido. Aunque la distancia entre Próxima b y su estrella es mucho menor que la que separa a la Tierra del Sol, Próxima Centauri es un tipo de estrella más pequeña y fría que la nuestra, por ello algunos astrónomos estiman que el planeta podría tener condiciones para albergar la vida tal como la conocemos. Si por algún motivo tuviéramos que evacuar nuestro planeta y buscar un nuevo hogar, Próxima b podría ser un buen candidato para recibirnos. Aunque hay algunos detalles que debemos tener en cuenta.

Próxima b siempre le muestra la misma cara a su estrella, en un fenómeno semejante al que ocurre entre la Tierra y la Luna. Eso se traduce en que mientras un hemisferio se mantiene en una oscuridad perpetua, el otro ofrece días ininterrumpidos. Los humanos que allí llegaran deberían hallar un punto estratégico entre la luz y la oscuridad que les permitiera desarrollar actividades para el sustento de la vida. Otro dato que debemos tener en cuenta es que, aunque en términos astronómicos la distancia que separa a nuestro hogar de Próxima b es relativamente corta, en términos humanos es literalmente una eternidad. Con la tecnología actual, una nave enviada desde la Tierra tardaría 75.000 años en llegar hasta Próxima b: prácticamente el tiempo en el que se desarrolló la totalidad de la historia de nuestra sociedad.

Hace 75.000 años la humanidad se encontraba en el Paleolítico Medio, una etapa del pasado en la que en nuestro planeta todavía coexistían diferentes grupos humanos, entre los que se destacaban los neandertales, los denisovanos, y, por supuesto, los *Homo sapiens*. Estos últimos conformaban grupos reducidos que se movían en manada persiguiendo presas y recogiendo frutos y plantas por las latitudes de África y Asia. Su tecnología era rudimentaria y apenas un

poco más avanzada que la que utiliza hoy un pájaro para construir su nido. Si alguna forma de vida alienígena que nos hubiera conocido entonces retornara hoy a nuestro planeta, se llevaría una sorpresa al ver que aquellos animales débiles y sin muchas ventajas físicas pudieron, sin embargo, convertirse en la especie dominante en este mundo. Cómo ocurrió eso y por qué los otros grupos humanos se extinguieron sigue siendo materia de discusión. Aunque estas respuestas deben rastrearse decenas de miles de años atrás en el tiempo, sus implicancias repercuten directamente en el devenir de la última especie humana. ¿Por qué nosotros sobrevivimos y ellos no? Y, sobre todo, cuando decimos “nosotros”, ¿a qué nos referimos concretamente? ¿Acaso los *Homo sapiens* hemos clausurado la evolución y seremos esto que somos hasta el final?

Por supuesto, aunque nos pese habrá un final. Científicos y activistas nos lo recuerdan todos los días. Lo leemos en los diarios, lo vemos en la televisión. Nos acongojamos durante varios minutos frente al vértigo que nos produce la conciencia de saber que habrá un final. Suficientes angustias enfrentamos por el hecho de saber que como individuos la muerte nos alcanzará algún día. Pero cuando esa idea abarca al colectivo, la presión se vuelve insoportable, tanto que, casi como un acto reflejo, decidimos meter el polvo bajo la alfombra para regresar a la rutina cotidiana y dejar ese problema inabarcable escondido para que otros lo resuelvan. En definitiva, no importa cuánto daño se esté provocando en los ecosistemas de la Tierra, los mismos científicos que nos avisan del fin del mundo están encontrando exoplanetas en los que podremos vivir. Pero, cuando por fin hallemos el mundo gemelo de la Tierra, otros dilemas se pondrán en evidencia: ¿quiénes viajarían allí?, ¿cómo, de qué manera este empaque débil (nuestro cuerpo) podría resistir un viaje interestelar?, ¿cuáles son las respuestas que podemos considerar hoy para resolver esa limitación?, ¿seremos los humanos quienes por fin logremos expandirnos por la galaxia o será una versión evolucionada de nosotros?

Un rato antes de la medianoche, la humanidad se mira al espejo. Examina las marcas que el tiempo provocó en su rostro y descubre que ya no es quien solía ser. Apaga las luces. Sale al balcón para mirar las estrellas. Piensa en el fin y en el principio. Y en ese acto anómalo, reiterado durante miles y miles de años, ensaya las mismas preguntas que ya se hizo tantas veces. ¿Qué hay allí? ¿Llegaremos algún día o nos extinguiremos antes? ¿Dónde están todos?

II

A la distancia el pasado se presenta dotado de una apacible quietud. Cuanto más retrocedemos en el tiempo más lento parece volverse todo. Sin embargo, esa percepción distorsionada es el producto de un problema estrictamente físico de velocidades relativas:

Un hombre conduce una Ferrari por la ruta a 280 kilómetros por hora. En su aceleración, supera a decenas de vehículos que se desplazan a la modesta velocidad de 100 kilómetros por hora. El hombre de la Ferrari mira su retrovisor y piensa “qué lentos se mueven esos vehículos”, pero los conductores de aquellos automóviles también están experimentando la adrenalina de la velocidad, y el conductor de la Ferrari ignora si hay alguien por allí circulando mucho más rápido que él. Cuando asomamos la cabeza hacia el pasado por la ventana del siglo XXI, el efecto producido es semejante.

La nuestra es una sociedad de máquinas. Parece un dato superficial, pero uno de los elementos que distingue a la humanidad del resto de los animales es su capacidad de crear objetos y mecanismos dinámicos diseñados para desarrollar tareas. Los seres humanos construyen herramientas desde sus orígenes. Otras especies humanas, precursoras del *Homo sapiens*, también inventaron objetos para volver más efectivas sus tareas diarias, pero la fortuna de nuestra especie le permitió ser la única sobreviviente para demostrar que además de sencillos instrumentos de piedra, o hueso y madera, los humanos podían desarrollar máquinas voladoras, telégrafos o cafeteras de cápsulas. El desarrollo de inventos y dispositivos se aceleró, sin embargo, en un momento único de nuestra historia que comenzó hace aproximadamente 300 años. Para quienes están demasiado involucrados en su presente absoluto y no pueden levantar la mirada de la pantalla de su teléfono móvil, no es tan evidente el hecho de que la sociedad ultratecnológica en la que viven representa solo un suspiro en la historia total de la humanidad y mucho menos en el devenir del cosmos. La evolución viene realizando su tarea desde hace millones de años y las estructuras, todas las estructuras, fueron transformándose hasta llegar a sus características actuales. Pero, aunque las teorías de biólogos, sociólogos o economistas explican estos procesos, la mayoría de las personas no aprecian la dinámica de la historia, no se preguntan cómo llegamos hasta aquí ni hacia dónde nos dirigimos.

El conjunto de la especie parece sufrir algún tipo de histeria colectiva. A todos nos preocupa nuestro futuro individual; en consecuencia, tomamos decisiones para alcanzar un devenir de bienestar: estudiamos, trabajamos, cuando se puede ahorramos dinero en bancos o realizamos inversiones en negocios prometedores. Pero al mismo tiempo concebimos el futuro colectivo como un vendaval irrefrenable, un lugar atemporal, como si nada o nadie tuviera la responsabilidad de tomar el volante y darle una dirección. El porvenir se presenta entonces como un espejo negro donde las respuestas a todo se reflejan emulando un acto de magia o de fe: en 20 años se perderán muchos empleos a causa de la inteligencia artificial, el hambre seguirá incrementándose en África, en 50 años viviremos en Marte. Sin embargo, esa especie desinteresada y vanidosa continúa ensimismada en otra clase de preguntas y el espejo negro responde, como a la bruja, que no: “Ya no eres la más bonita del reino”. Incluso Blancanieves aprendió que el futuro no era sinónimo de destino y que podría cambiarse, para bien o para mal.

La humanidad está en viaje. Viaja por el cosmos y vaga por el desierto hace 40 años. Confía que al final del recorrido espera la tierra prometida. Mientras camina redescubre fragmentos de su historia hurgando silenciosamente en su pasado más remoto. Se enfrenta a un encuentro inminente, acaso el más relevante de su vida, y para ello consulta con profesionales de distintas disciplinas. Sospecha que deberá tomar decisiones trascendentales. Importan las respuestas que se puedan obtener de las distintas ciencias, pero lo más relevante, hoy, son las preguntas que debemos realizar. ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos?

En *El último viaje de la humanidad*, la astronomía, la biología, y fundamentalmente la historia, entre otras disciplinas, se anudan con el propósito de analizar la identidad de una especie tecnológica que precisa mirar más allá de las fronteras de su propio mundo para volver a descubrirse a sí misma.

Bienvenidos a bordo.